

De los profetas a la esperanza hecha carne

¿Para qué nos hace falta Dios?

Sin duda para ninguno de nuestros planes *õmundanosõ*: éxito, dinero, bienestar, subir o escalar puestosí Pero realmente nos hace más falta de lo parece. Así los ciegos fueron capaces de ver, los sordos de oír y los muertos de recobrar la vida. Donde no había esperanza, rebrotó la ilusión. Esperar un Mesías no es aguardar quien me pueda *arreglar* la vida: es mucho más, se trata de salvarla. Sólo en Dios encontramos en verdadero sentido de la vida.

¿Dónde, pues, encontrar la raíz del problema? En nosotros mismos. El profeta Jeremías revela de modo claro que el hombre sigue sus planes, la *maldad* de su corazón. El camino que Dios le indica, el de la obediencia a su voluntad, le parece poco atractivo. Pretende utilizar sus propios métodos, el culto, para ganarse a Dios. Pero con ello sólo consigue darle la espalda al Señor: *õañadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios y comed la carne; pues cuando saqué a vuestros padres de Egipto no les ordené ni hablé de holocaustos y sacrificios; esta fue la orden que les di: -Obedecedme, caminad por el camino que os señalo y os irá bienõ. Pero no escucharon ni prestaron oído, seguían sus planes, la maldad de su corazón obstinado, dándome la espalda y no la caraõ (Jr 7, 21-28).*

Quizá o no hemos comprendido del todo a Dios o hemos preferido hacer que no le entendíamos: las heridas del pecado original nos encierran, si no luchamos, en un callejón sin salida donde nos creemos los únicos protagonistas de la historia, donde todo tiene que girar en torno nuestro. Acontece lo mismo que en *Génesis* con Adán y Eva, hemos creído que somos dioses, únicos señores de nuestras vidas. Consideramos que con las obras de nuestras manos ya nos es suficiente, poco podemos necesitar de Dios mas que para solucionar determinados problemas que aparecen y que somos incapaces de afrontar por nosotros mismos. ¡Cuántas veces nuestro culto se ha reducido a una mera celebración social donde el menos importante es Dios mismo! Por eso no tiene sentido adorar ¿¿Cómo vamos a reconocer la realidad del Dios vivo si realmente ni nos hemos enterado que estaba allí presente!?

La vida de los profetas es un constante anuncio con palabras y obras: ¡Dios está aquí! Requiere de nuestra transformación del egoísmo, vanidad o soberbia hacia la misericordia, compasión, buscando una vida en la verdad ¿Qué es sino la Iglesia? Una llamada constante de conversión al Reino de Dios, a una vida plena capaz de salvaguardar eternamente el fruto de nuestro amor, de nuestra entrega. Si un día lejano Israel fue liberado de la esclavitud del Faraón para habitar una Tierra Prometida, del mismo modo ahora la Iglesia abandona la región de la *sombra de muerte* para encaminarse -Pascua- hacia la vida en plenitud.

Los creyentes nos presentamos como la comunidad que adora y ama, que celebra la Vida y la comparte. Es el anuncio de que no estamos solos ante nuestros retos o fracasos, proyectos o esperanzas. Es el camino necesario entre Dios y cada persona, que ha de recorrer de un modo misterioso. La Iglesia es la profecía hecha realidad de lo que verdaderamente necesitamos para afrontar la vida en su plenitud de verdad.

Ese mundo nuevo se alcanzará no por el esfuerzo humano (todas sus esfuerzos y alianzas son un fracaso y generan más injusticias y sufrimientos). El profeta Isaías nos muestra que sólo Dios es capaz de poner fin al exilio y devolvernos a un mundo de ensueño; lo hará de la forma más inesperada -a través de un gobernante extranjero: Ciro- pondrá fin al exilio, y el enviado de Dios, su Mesías, inaugurará un mundo nuevo. Un signo de ese mesías, se lo da Dios a Acáz sin que se lo pida: *«El Señor, por su cuenta, os dará un signo. Mirad: la virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel»* (Is 7,14). Dios nos regala mucho más aún de lo que esperábamos, no solo la libertad de la esclavitud, sino el sentido pleno de la vida.

Ese signo se convierte en una esperanza contra toda esperanza: del tronco seco brota, inesperadamente, un retoño lleno de vida. En palabras del profeta Isaías: *«Brotará un renuevo del tronco de Jesé y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el Espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza»* (Is 11,1 ss.).

¿Cómo reconocerlo? Viviendo la Pascua, el pasoí Hay que recorrer un camino señalado para su llegada. La imagen para esa preparación la señala el profeta Isaías de una geografía bien conocida: el desierto de Judá, lleno de muchos caminos, donde es fácil perderse, caminos tortuosos, de sube y bajaí *«Una voz grita: en el desierto preparadle un camino al Señor, en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se iguale»* (Is. 40,3-4). La Pascua supone la victoria definitiva del mal, de lo que nos hace daño, de lo que nos destruye. Necesitamos negarnos a nosotros mismos para llenarnos de lo único capaz de otorgar vida en plenitud: Dios.

Lógicamente, en la Pascua la cruz tiene un papel esencial. Ese Mesías, asumirá la figura del Varón de dolores: *«Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un varón de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. El soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus heridas nos curaron»* (Is 53,2b-5). Esa renuncia al pecado nos lleva a la lucha contra nosotros mismos, contra nuestros instintos y placeres, pero es anticipo de la victoria del Bien. Nos situamos frente a Jesús como ante un espejo ¿qué tengo que cambiar de mis actitudes, obras, pensamientosí ?

Pero es necesario el don del Espíritu. Nosotros solos no podemos. Nos reunimos en la noche como Iglesia, permaneciendo en oración junto a María. Le preguntan un día los discípulos a Jesús, después de contar la parábola del sembrador, por qué habla en parábolas. Él contesta: *«A vosotros se os ha dado a conocer los secretos del reino de los cielos y a ellos no»*. Y apela a un texto del Profeta Isaías: *«Está embotado el corazón de este pueblo, son duros de oído, han cerrado los ojos»* (Mt 13,15; cfr. Is 6,10). El fruto del Espíritu es la claridad, frente al pecado de Babel que había disgregado a los pueblos por la incompreensión de sus lenguas, por la realidad del pecado que nos aísla.

Reunirnos en la noche, celebrar y adorar la Eucaristía, nos convierte en profetas de esperanza, heraldos de un amor entregado hecho realidad en la Navidad, proclamado a todos los pueblos en la Epifanía. Tras el Bautismo en el Jordán, comienza la vida pública de Jesús: ¿estamos dispuestas a acompañarle, a dejarnos transformar por Él?